

sa» (Sb 3, 4-6).

«La Sabiduría enriqueció al justo en sus fatigas y recompensó abundantemente sus trabajos; cuando querían sorprenderle con sus fraudes, ella le asistió e hízole rico. Guardóle de los enemigos y defendióle de los seductores e hízole salir vencedor en la gran lucha, a fin de que conociese que de todas las cosas la más poderosa es la Sabiduría» (Sb 10, 10-12).

101. Se lee en la vida del Beato Enrique Susón, dominico, que era tal su deseo de alcanzar la Sabiduría eterna, que se ofreció en varias ocasiones a padecer toda suerte de pruebas con tal de merecer sus favores. ¡Pues qué! -se decía un día a sí mismo-, ¿no sabes que los amantes soportan miles y miles de sufrimientos por el objeto de su amor? Consideran dulces los desvelos, agradables las fatigas y el trabajo como un descanso, una vez seguros de que la persona amada se dará por obligada y satisfecha. Pues bien: si los hombres se obligan a tales cosas para dar gusto a una podredumbre hedionda, ¿no te dan vergüenza tus vacilaciones en la resolución de poseer la Sabiduría? ¡Oh Sabiduría eternal -exclamaba-, jamás retrocederé en vuestro amor, aun cuando para llegar a vuestra mansión haya de caminar entre zarzales y espinas que me cubran hasta la cabeza; aun cuando me viera expuesto a mil crueldades en el cuerpo y en el alma, preferiré vuestra amistad a todo lo creado, y reinaréis de modo absoluto sobre todos mis afectos.

102. Pocos días después, yendo de viaje, cayó en manos de unos ladrones, los cuales le dejaron en tan lastimoso estado, que ellos mismos se sintieron movidos a compasión. Al verse Enrique Susón en situación tan deplorable y privado de todo socorro, cayó en profunda melancolía y olvidando su firme propósito de ser valeroso en las pruebas, se puso a llorar, preguntándose por qué razón Dios le afligía de aquella manera. Así pensando se durmió, y al alborar el siguiente día, oyó una voz que la reñía diciendo: «He aquí al soldado que hiende las montañas, trepa por las rocas, expugna las ciudades, mata y desbarata a todos sus enemigos cuando se halla en la prosperidad; y en tiempo de adversidad, no tiene ni valor, ni brazos, ni piernas. Es un león mientras dura la consolación, pero en la tribulación es un ciervo pusilánime; la Sabiduría no honra con su amistad a tales poltrones e indolentes». Ante tal reprimenda, el Beato Enrique confesó la falta que había cometido afligiéndose excesivamente, y suplicó a la Sabiduría le permitiera desahogar su corazón con el llanto de sus ojos. «De ninguna manera -exclamó la misma voz-; nadie en el cielo hará aprecio de ti, si, a semejanza de un niño o de una mujer, te entregas al llanto; enjuga tus ojos y serénate»

(Enrique de Berg, llamado ordinariamente Susón o Suss, de su madre Säussen (1295-1365), dominico. Su obra principal se titula *Horologium Sapientiae aeternae*. Esta edición moderna del P. Carlos Richstater, S. I. Turín, Marietti, 1929). - Por las varias veces que Montfort le cita se ve que le profesaba especial devoción - Algo de lo que aquí se dice históricamente, se halla también en *Horologium*, I. 1, c. 9, p. 97 de la ed. Cit., y en el 13, sobre todo en la p. 135.)

103. Así, pues, la cruz es el patrimonio y la recom-

pensa de aquellos que desean o poseen la Sabiduría eterna. Pero esta amable Soberana, que todo lo hizo con número, peso y medida, no envía cruces a sus amigos sino proporcionadas a sus fuerzas, y es tal la suave unción con que las dulcifica, que en ella encuentran sus delicias.

PARTE III

La Sabiduría encarnada.

Su vida, su mansedumbre, sus oráculos, su muerte

CAPÍTULO IX

La encarnación y la vida de la Sabiduría eterna

1. Encarnación de la Sabiduría eterna

104. Habiendo determinado el Verbo eterno, la Sabiduría eterna, en el gran consejo de la Santísima Trinidad, hacerse hombre para salvar al hombre caído, dio a conocer a Adán, como es creíble, y prometió a los primeros patriarcas, como lo atestigua la Sagrada Escritura, que se haría hombre para redimir el mundo. Por lo cual, durante los cuatro mil años que siguieron a la creación, todos los santos del Antiguo Testamento insistían en sus oraciones, solicitando la venida del Mesías prometido. Suspiraban, lloraban y exclamaban: «¡Oh nubes, lloved al justo! ¡Oh tierra, germina al Salvador!» (Is 45, 8). Oh Sabiduría, que saliste de la boca del Altísimo: ven a libramos (Antífonas de Adviento). Pero sus gritos, sus oraciones y sus sacrificios no tenían la fuerza necesaria para hacer bajar del seno de su Padre a la Sabiduría eterna, o sea al Hijo de Dios. Levantaban sus brazos al cielo, pero no eran suficientemente largos para llegar hasta el trono del Altísimo. Ofrecían continuos sacrificios a Dios, incluso el de sus corazones; pero el precio de estos sacrificios no bastaba para merecer esta gracia de las gracias.

105. Cuando hubo llegado el tiempo de llevar a cabo la redención del hombre, la Sabiduría divina edificóse una habitación, una morada digna de ella (Pr 9, 1). Creó y formó en el seno de Santa Ana a la divina María, con mayor complacencia que la que había puesto en la creación del universo. Imposible es, por una parte, enumerar las liberalidades con que la Santísima Trinidad adornó a tan hermosa criatura, y por otra, la fidelidad con que ella correspondió a los grandes dones de su Creador.

106. El impetuoso torrente de la infinita bondad de Dios, violentamente contenido por los pecados de los hombres desde el comienzo del mundo, se precipita con toda su fuerza y plenitud en el corazón de María. Le comunica cuantas gracias hubieran recibido de su liberalidad Adán y su descendencia si hubiesen permanecido en el estado de inocencia. En fin: como dice un santo, toda la plenitud de la Divinidad, en cuanto de ello es capaz una criatura, fue prodigada a María

(Plenitud de la Divinidad (San Jerónimo). Creemos que se refiere Montfort al conocido texto atribuido a San Jerónimo: «Et bene plena, quia ceteris per partes praestatur; Mariae vero simul se tota infudit plenitudo gratiae» (Offic. de Immaculata Conceptione, lectio 4). Ideas parecidas a las de Montfort, en el comienzo de la bula *Ineffabilis*).

¡Oh María, obra maestra del Altísimo, milagro de la